

nueva forma de gobierno y dominación, producto de la disolución de los conceptos, categorías y utopías filosófico-político-morales de la tradición occidental. Eso la llevó a pensar en la «revolución» —con el significado de un nuevo comienzo para la política, que pudiese restaurar, en términos modernos, la importancia griega del espacio público y de la libertad para la dignidad del hombre—.

Octavio Paz parte igualmente de una «rebelión» —de una desobediencia indócil ante la percepción moderna de que la relación entre ser y sentido es arbitraria y que, por tanto, no existe identidad entre la palabra y lo que ésta designa—. De ahí su «revuelta» de poeta —y su insatisfacción—, que es, en la línea de toda la gran poesía moderna, a partir del prerromanticismo, una forma de rebatir, por no poder aceptar, la incongruencia entre el crear (la palabra viva) y las cosas (el vivir rutinario y alienante de la civilización contemporánea). De ahí la fascinación de Paz por la «revolución», entendida como un puente entre la palabra viva y la palabra vivida, reflexión y espontaneidad, fuente posible, pero no necesaria, de la combinación de ciencia y arte. Esta fascinación, en Paz, por la revolución, como dijiste hace un momento, integra «las vicisitudes de lo poético en su siempre renovada (y constantemente frustrada) vocación por encarnarse en lo social».

Rebelión, revuelta y revolución son temas afines a Hannah Arendt y a Octavio Paz, porque ambos tienen en común una preocupación por la «modernidad», vista en su amplio abanico de significados: el cultural, el político, el económico, el filosófico, etc. Esta preocupación común por la modernidad se traduce, en ambos, en un esfuerzo continuo por no ver los fenómenos de la realidad moderna como epifenómenos —como máscaras de «universales abstractos»—, del tipo capitalismo, comunismo, subdesarrollo. De ahí, tanto en uno como en otro, la constante búsqueda de los significados. Una búsqueda orientada por la crítica y por la percepción de la crisis, y abierta a la dimensión de lo concreto que caracteriza a la praxis humana. Es por eso por lo que veo afinidades y complementariedades entre los dos, que no son sólo de actitud. Se manifiestan en el análisis, cuando se inclinan sobre temas coincidentes. Pienso en la reflexión de Hannah Arendt sobre la burocracia y en las de Octavio Paz sobre el Estado como un ogro filantrópico; o en lo que dice Octavio Paz sobre el terrorismo —temas no susceptibles de aprehensión adecuada por medio de «universales abstractos»—.

Añado que tanto Hannah Arendt como Octavio Paz creen firmemente en la posibilidad de pensar con la cabeza propia, en lo que Lessing, a quien Hannah Arendt tanto apreciaba, llamaba *selbstdenken*. Por eso, no tienen miedo del juicio e iluminan, incluso cuando se equivocan, nuestra circunstancia, pues poseen ambos la osada prudencia, entendida, a la manera de Castoriadis, como la facultad de orientarse en la historia.

Para terminar: en enero de 1972 envié para su publicación en la revista *Plural*, de México, un artículo sobre Hannah Arendt. Paz, que en esa época dirigía *Plural*, me escribió en febrero aceptando el artículo y diciendo: «... Conocí en Nueva York, hace unas semanas, a Hannah Arendt y me encantó su vitalidad como antes me habían conquistado, al leerla, su inteligencia y rectitud filosófica». Vitalidad, inteligencia y rectitud filosófica son términos igualmente aplicables a Octavio Paz: ellos marcan las afinidades electivas mayores que los unen —afinidades que me permitieron valerme de las palabras de Paz, al recibir el Premio Jerusalem—, para resumir la *paideia* arendtiana que quiere, a la manera del poeta, que la palabra se encarne en el acto libre y la libertad se vuelva conciencia al reflejarse en la palabra.

Vuelvo a preguntarte yo ahora. En una carta que Octavio Paz me escribió el 10 de mayo del mismo año 1972, desde los Estados Unidos, donde se encontraba impartiendo cursos en la Universidad de Harvard, decía: «Pasé casi todo el miércoles pasado con Haroldo de Campos. Por la mañana fuimos a la Biblioteca Houghton y vimos las pruebas de la edición original de *Un coup de dés* —la edición que Mallarmé concibió con tanto cuidado y que nunca fue publicada—. Vimos las pruebas corregidas por la mano de Mallarmé y las admirables ilustraciones de Odilon Redon. Fue muy emocionante. Por la noche, para rematar ese día inolvidable, cenamos en casa de Roman Jakobson. Bebimos inmensas cantidades de vodka —a los 70 años Jakobson bebe como un verdadero futurista ruso— y escuchamos discos: poemas de Maiakovski dichos por él mismo y la lectura de una carta de Tolstoi a sus nietos, leída —aunque parezca mentira— por Tolstoi un año antes de su muerte». Mallarmé, Jakobson, Maiakovski son algunos puntos de afinidad evidentes entre Octavio Paz y tú. ¿Cuáles serían otros puntos en común que te gustaría señalar, en este *solo a dos voces* sobre Octavio Paz para celebrar sus 70 años?

**Haroldo de Campos:** También me acuerdo de ese día memorable, en Cambridge... Yo tenía una pista sobre la existencia en la Biblioteca de Harvard del juego de pruebas del *Coup de dés* con las correcciones del propio Mallarmé, una pista que me vino a través de Robert Greer Cohn, el gran exégeta americano del *Golpe de dados*, profesor en Stanford. Fui a ver y a consultar esas pruebas en compañía de Octavio, ya que yo estaba preparando la edición brasileña de mi traducción del poema constelado. (Posteriormente, en 1980, Mitsou Ronat y las ediciones *D'Atelier* restituyeron, en su forma original, el proyecto mallarmeano en un libro-álbum, en edición limitada.) Por la noche fue la cena en casa de Roman Jakobson y Kristina Pomorska, con los cuales yo estaba en contacto desde 1966 y que habían visitado Brasil en 1968). Recuerdo que Jakobson me habló del proyecto de analizar un soneto de Quevedo

en comparación con un poema quevediano de Octavio (no sé si llegó a realizar esa idea fascinante). Sí, los puntos en común con Octavio Paz son numerosos. Desde luego, el mutuo interés por la poesía japonesa (el *haiku*) y china. El problema de la traducción de poesía, como cuestión fundamental, práctica y teórica. La manera de considerar lo nacional y lo universal en literatura y cultura (me detuve en este tema en un ensayo de 1980, «De la razón antropofágica», publicado, por cierto, en la revista *Vuelta*). La visión sincrónica del pasado literario, que me permitió —y también a Augusto de Campos— rescatar a Sausándrade [Joaquim de Sousa Andrade, 1832-1902] del cuadro convencional del romanticismo brasileño y verlo, en su momento culminante, *El infierno de Wall Street* (hacia 1870), como precursor de la poesía-montaje, polilingüe y vertiginosa, de Ezra Pound; que permite a Paz ver en *Primero sueño*, de sor Juana Inés de la Cruz (una poeta-pensadora, como él la define por oposición a Góngora, de una «extraordinaria inquietud intelectual», de una «curiosidad enciclopédica»), un «poema del conocimiento», precursor del *Golpe de dados*. Cuando Octavio Paz escribe en *Los hijos del limo*: «... no soy un historiador de la literatura (...). Acepto que mi método pueda ser tachado de arbitrario; añado que esta arbitrariedad no es gratuita. Mis puntos de vista son los de un poeta hispanoamericano; no son una disertación desinteresada, sino una exploración de mis orígenes y una tentativa de autodefinición indirecta. Estas reflexiones pertenecen a ese género que Baudelaire llamaba «crítica parcial», la única que le parecía válida» —siento que concuerdo con él en género, número y caso—. Tanto es así que en la «Nota previa» a mi libro *La operación del texto* (1976) me remití a esa declaración y la asocié a otra, de Walter Benjamin, extraída de *La técnica del crítico en trece tesis*: «Quien no es capaz de tomar partido, debe callar».

## La pasión del ensayo como forma

Comparto con Paz la pasión del ensayo como «forma», como «poema intelectual», en la bella definición de Schlegel invocada por el joven Lukács de la *Carta a Leo Popper*. Incluso en mi trabajo más «estructural» (en el fecundo sentido jakobsoniano del término, un sentido que Paz tan bien sabe preservar cuando hace restricciones al lado dogmático de cierto «estructuralismo» francés), incluso, digo, en mi libro de 1973, *Morfología del Macunaíma*, no me preocupé sólo en refutar, a través del análisis detallado, la pertinaz acusación de «caoticidad» y de «fracaso» que se hacía a la rapsodia de Mario de Andrade desde Joao Ribeiro (y que supongo que he contribuido a invalidar). Puse particular empeño también —y de manera muy clara— en la captación del aspecto «plural» y «cambiante» de la